

Notas

SANTIDAD Y MILICIA. — S. I. (CUARTO CENTENARIO)

De austera estampa. La complexión, ascética. El ejercicio de las armas dióle dureza y agilidad al músculo. De acero la mirada, aguileña la nariz —como en los grandes creadores.— y ralo el pelo, robóle semejanza Lenin, sin que osara imitar la cuidada y burguesa barba de éste a la exigua barba de aquél. Líneas definidas por el temple de un carácter hecho para las "aventuras terrestres del espíritu".

"Voluntad de estocada". En el desafío con la vida, sabía tirar, certero, a los núcleos vitales: cerebro y corazón. Dominación y amor.

Militar y joven. No se tendía su mano para acariciar la soldada. Flecha el corazón, lo clavó en las gradas de un trono. Y por la ruta ascendente de la saeta, tenaz buscó las glorias viriles de la guerra "para ilustrarse, e ilustrarse para amar".

"Personificación la más viva del espíritu español en su edad de oro". Perfil de aventurero, sobre el tapete de la historia jugó su vida a las cartas y ganó: la brecha de Pamplona y la herida de su pierna abrieron los caminos por donde desembocó a la revuelta y decadente edad, una santidad hecha milicia.

* * *

Pedro. Pablo de Tharso, Agustín de Hipona, el dulce Poverello, Tomás de Aquino... Funtales de la historia. Prodigalidades. Cada uno, en una coyuntura. Cada uno, solución de un problema. Enviados de Dios no faltan nunca en los conflictos. No podían faltar en aquel siglo. Las revoluciones crean sus caudillos. La Iglesia Militante forja a sus Santos.

Rompíase la unidad. El monje apóstata, arrastraba, en pos del suyo, a los grandes orgullos. Abrianles camino los pecados de los grandes hombres.

Pisaba en falso la jerarquía. En pie la milicia cristiara del Sacerdocio, se agotaba en la lucha por las deserciones. Quizá perforaba su disciplina la política de la "mano tendida", de las pequeñas intrigas de los grandes personajes.

Surgía, en torno de la Iglesia, la más grande anarquía moral e intelectual de su historia. Las viejas y robustas tesis escolásticas, en manos de clérigos cortezanos, se convirtieron en escarceos de bizantinismos que fueron pretexto para el desdén por las disciplinas metafísicas. Y el intelectualismo desviado, afeminado, —era

la intimidad del Renacimiento— ahogaba el espíritu apostólico, cogidos en la trama de inconfesables compromisos o de tolerancias reprobables, los que hasta allí, junto a los tronos, fueron muralla de concupiscencias, índices de fuego sobre las testas coronadas.

Hervía la turbulenta rebelión en los espíritus, y en la Dieta de Worms, Lutero hacía plataforma de los descontentos, rechazando la infalibilidad del Papa y de los Concilios. La apostasia paseóse por Europa entre el aplauso a sordina de los cortesanos y la emboscada de las intrigas subterráneas.

El Capitán de Pamplona, el peregrino de Monserrat y de Manresa, se presentó en plena lucha y, pues los rebeldes dirigían sus más fieros asaltos contra la enhiesta roca de Pedro —conquistados ya o debilitados, muchos solios episcopales.— estrategia al fin, creó su milicia directamente servidora del Pontífice.

Si la Reforma rompió la unidad disciplinaria en muchos frentes, la Contrarreforma consolidó las tesis tradicionales de la Iglesia y conquistó las esperanzas más exceelsas de salvación para el hombre.

En Trento se dió la gran batalla que iluminó los horizontes humanos con la doctrina triunfante de la JUSTIFICACION que abre un mundo nuevo para el desarrollo maravilloso y colosal del Dogma Católico. Y allí, en aquel momento de especial presencia del Espíritu Santo, la Cristiandad contempló en pie, naciente, juvenil, aguerrida, la nueva milicia: Láinez, Salmerón, Le Jay eran soldados de la Compañía de Jesús.

* * *

Seguir, en penitencia, las rutas de la pasión: velar las armas caballerescas junto al sepulcro de Cristo, en manos de infieles, fue el tema que, ahondando en la psicología de Iñigo, en los momentos que llegaba a su "camino de Damasco", trazó fundamentos para su vida y para su Obra. Llegó a Palestina; pero la Providencia lo arrastró por más civilizados caminos.

Ya hombre se sentó en el banquillo de la iniciación universitaria. Y para conquistar los títulos, fue de Alcalá a Salamanca, de una Universidad a otra, y, con la cultura, aprendía una ciencia más: la de los hombres, y entendía un problema grave: que la cultura es dón de Dios, pero que, cuando ella se desvía, lleva muy lejos de Dios—por el orgullo del espíritu.

En su penitencia y en su peregrinación, siempre le salió al paso el farisaismo de los medicres y la pusilanimidad de los grandes. La amargura que esta persecución pudo causarle, no destiló veneno en su alma. Se estrelló en la coraza de su espíritu guerrero y una noble sonrisa de elegante generosidad desafió a los fariseos y desdeñó a los pusilánimes.

Trajo, así, los grandes lineamientos que habían de dar a su Obra las notas esenciales.

Obra de misiones y de Universidades, con el claro y nuevo sentido orgánico de una milicia de efectividad y eficacia sin precedente.

San Francisco Javier inicia las grandes aventuras. Santo y universitario, realiza en él esa universalidad plástica que es la esencia íntima del jesuita. Solo, a la distancia asombrosa en que misionaba, vivía su Orden: no hacía obra personal, y cubría, en una movilidad táctica maravillosa —característica desde entonces de la Corporación,— las urgencias que demandaban satisfacciones inmediatas. Soldado, murió en campaña abrazado a su bandera que, en aquellos países de infieles, siempre habría de ser punto de avanzada.

La alta cultura iba a enriquecer a la Compañía y a ser enriquecida por ella. Láinez, Canisio, Le Fevre, Salmerón, Le Jay. fundaron el "estado mayor" de los equipos que, para siempre, pelearían las mejores posiciones en lo más alto del mundo cultural, no para vivir en las regiones especulativas "apacentando nubes", sino para acendrar los dotes del espíritu humano y hacerlo propicio a los supremos de la Gracia. Cultores universales, sí; pero con Ordenanzas propias. San Ignacio. Maestro, buscó cauces amplísimos: Sus "Constituciones" recomiendan a la par el estudio de la Teología Positiva y el de la Teología Escolástica, afirmándose —con visión de futuros— en pleno tomismo, con toda su ortodoxa flexibilidad que estimula la investigación y la creación. Junto a la rigidez de tesis morales —pues son grandes confesores los jesuitas (fruto maduro de los "Ejercicios")— surgen las tesis del PROBABILISMO —que tuvo en el jensenismo ("tuciorismo") su más encarnizado enemigo.—Y si la polémica de la "Justificación", en Trento, tuvo en suspenso al mundo, el "molínismo" es aún bandera y su "ciencia mediana", tema apasionante. . . .

La savia cultural no se quedaba entre los escogidos. Baja a la Universidad, brota en la Escuela, se filtra y fortifica y vitaliza todas las zonas de la cultura. Renueva los sistemas de enseñanza —desde que el General Aquaviva manda formular la *RATIO STUDIORUM*, grávida de ágil humanismo.— Da sentido dinámico a las tesis sociales, se inyecta en la vida cotidiana del hombre: un nuevo espíritu fluye en soluciones prácticas, para los problemas, que se hace voz en los conflictos. . . . El bizantinismo de la decadencia se transforma en una filosofía integral que, partiendo de la "vida interior —con los "Ejercicios",— iluminada por las altas concepciones teológicas, trasciende a las obras pequeñas y grandes, personales y sociales.

Por estas dotaciones, con estas armas, el Jesuita se hace "Caballero del Mundo". Lo universaliza la cultura. El espíritu misionero de su Orden, lo lanza a todos los caminos. Bajo cualquier sol, vive la santidad de su milicia, y siendo jefe siempre, siempre es humilde soldado de Loyola.

Herederos de San Ignacio, no sólo conservan el patrimonio de sus "Ejercicios" y de sus "Constituciones". Amorosamente guardan el signo de la persecución.

Hechos para la guerra, no saben del vivac. Van a la vanguardia de la Historia y no conocen, por ello, la posición conservadora. En marcha siempre, con la audacia intelectual de quienes construyen para lo eterno, tienen que romper el límite del minuto, rebasar las fronteras de la hora, y sus Obras, de actualismo fecundo, están siempre saturadas de futuros.

Su historia, pues, tiene que desenvolverse en una compleja malla de resistencias humanas, de constantes instintos conservadores.

Y a veces, parece que triunfa la conspiración y se imponen los frenos. Ora es la demagogia popular que a San Ignacio juzgó loco en su ardorosa penitencia, o el austero poder conservador de un Tribunal de Inquisición que enjuició la prédica del Santo y lo carga de cadenas durante cuarenta y dos días. Ora son las llaméantes requisitorias de un Melchor Cano —detrás de él, el Obispo Siliceo,— que en el púlpito truena contra los apóstoles que, abandonando las antiguas tácticas, sorprenden y desconciertan con la audacia de sus métodos. O bien, es la venganza de una Pompadour que no logra que un confesor se pliegue a sus caprichos, y esgrime, instrumentos, sus Ministros y sus Embajadores, e intriga aún en la corte romana, con las fuerzas conjuntas, un regalismo altanero, un jansenismo farisaico... o un filosofismo petulante. Y tras de toda intriga, casi siempre el poder subterráneo de las sociedades secretas, manejando tronos, engañando Reyes, soltando el veneno sutil e irresponsable que causa estrabismos en los mejores, que siembra prejuicios, diluye la realidad en la falsía.

Hasta el solio pontificio han llegado las marejadas y la intriga. Un Papa suprimió la Orden Ignaciana, después de que la Corte Masónica de Carlos IV expulsó de sus dominios a los religiosos, paralizando obras vitales que desde entonces no han encontrado continuadores —como las Misiones de Chiquitos, en el corazón de Sudamérica, acaso la única obra paralela a la de don Vasco de Quiroga, obra aquella que se tragó la selva.

Todos los jacobinos y los fariseos de los pueblos han necesitado, para triunfar momentáneamente —tarde o temprano llega su derrota,— la previa retirada de la Compañía. Pero ésta ha vuelto siempre a su camino de avanzada, a construir, otra vez, —sobre las ruinas humeantes de los orgullos derrotados, o que los vandálicos hicieron de las obras jesuíticas,— los mundos nuevos de las viejas verdades cristianas.

Su Santidad volvió a la Compañía sus fueros y con ellos, el perenne y decidido apoyo pontificio. Y Monarcas, como Maria de Portugal, tuvieron que revisar los vergonzosos procesos y enjuiciar a los falsos jueces que, como los de este reino, cargaron de cadenas y olvidaron en las prisiones a muchos venerables Padres de la Orden.

Luis CALDERON VEGA.

México, 1940.

800º ANIVERSARIO DE PORTUGAL

Un doble aniversario se celebró este año en Portugal y en su Imperio. El aniversario de la separación de España, en 1140, y el de la revolución de 1640, que se-

fioló el fin de 60 años de dominio español y el restablecimiento de la independencia de Portugal bajo Don Juan IV, primero de los reyes de la Casa de Braganza.

La historia reciente de la nación Portuguesa se resume en la rápida restauración de sus finanzas y de su orden interno. Portugal ha sido una de las naciones más bien gobernadas del mundo desde que se inició la presidencia del General Oscar Carmona, en 1927. Casi en una década pudo su primer ministro, doctor Oliveira Salazar, equilibrar el presupuesto nacional; pero su obra fundamental ha sido la restauración del orgullo racial de este pueblo y la vuelta al cumplimiento de sus deberes ciudadanos, por mucho tiempo anegados en olas de pesimismo y derrotismo, de golpes de estado y de revoluciones que conmovieron al país en los años trágicos que siguieron al derrumbamiento de la monarquía. Salazar construyó una flota, símbolo del antiguo poderío marítimo de Portugal. La importancia del Imperio en Asia y África resurge en una fuerte y justa política administrativa afianzada en las dos visitas del Presidente Carmona a las colonias en 1938 y 1939. Era justo y natural que con tan triunfales realizaciones quisiera el gobierno portugués mostrar a la faz del mundo la extensión de su grandeza con una serie de festejos, realmente magníficos, para conmemorar el doble centenario.

El período de las festividades se inauguró oficialmente el 2 de junio con una visita del Gobierno al Castillo de Guimaraes, en el norte de Portugal, solar de los primeros soberanos de la nación. Allí, en un ambiente de altísima solemnidad, el General Carmona proclamó el 800º aniversario de la independencia nacional, e izó la bandera del primer rey Don Alfonso Henriques —Cruz azul en campo blanco—. Al mismo tiempo, en todas las ciudades de Portugal y su imperio y en muchas del exterior, se entonaba el Te Deum. En Recife, el gran sociólogo brasileño Gilberto Freyre pronunciaba una oración sobre la unidad tradicional de la cultura portugués-brasileña, tradición que, aseguró, se ve amenazada por dañosas influencias extrañas.

Mientras tanto, en los actos conmemorativos de Lisboa se rendía homenaje a cada uno de los elementos de la cultura portuguesa. Al mayor, el idioma, se le honró solemnemente en sesión especial de la Academia de Ciencias, una de las doctas sociedades más prestigiosas en Europa, fundada por el duque real de Lafoes en 1779. Allí se escuchó la voz del Brasil, nación hermana, cuando el poeta de Río de Janeiro, Alejandro Mariano, recordó la visita del brasilero Olavo Bilac a aquella misma Academia, en 1916, y se leyó un comunicado del patriarca Afranio Peixoto, en que se evocaban las glorias de la literatura medieval portuguesa. En estos festejos se notó la preocupación por exaltar oficialmente las felices e íntimas relaciones que al presente existen entre la madre patria y sus antiguas colonias suramericanas.

En la gran exposición de pintura fue indicada la ejecución de los artistas portugueses de los siglos XV y XVI. En un nuevo museo, especialmente construido para esta ocasión, la Academia de Bellas Artes reunió 300 lienzos antiguos, muchos desconocidos hasta entonces, seleccionados cuidadosamente entre los que se hallaron en remotas capillas montañosas y lejanas sacristanías de provincia. Codeándose, se veían allí las deslumbrantes obras de los pintores de la Corte, Nuno Goncalves, Cristovao

de Figueiredo, Gregorio López y los cuadros del acervo provinciano, Vasco Fernández de Viceu y el Mestre de Sardoal. Todas estas obras mostraban la fuerza vital y sencilla del tiempo de los descubrimientos y el formidable genio retratista que poseyó la escuela portuguesa. Fue un éxito permanente en la Exposición, y un mojón de la cultura portuguesa, el monumental catálogo, in folio, *Os primitivos portugueses*, por el presidente de la Academia, doctor Reynaldo dos Santos. Las exhibiciones especiales de la obra de Soares dos Reis, escultor de Oporto del siglo XVI y la de filigranas de oro y plata, ejecutadas en Coimbra, mostraron otros aspectos capitales del arte portugués.

Le llegó el turno a la música en un concierto especial que se efectuó en el Teatro Nacional, en el que se ejecutó música portuguesa y gallega del medioevo; y el drama medieval se revivió en la representación que, en vísperas de San Antonio, se dió de un *Auto* del siglo XVI en el atrio de la recién restaurada Catedral, desde donde se divisa el lugar del nacimiento del santo lisboés. Se representaron de nuevo las comedias clásicas de Gil Vicente en el Teatro Nacional, y en el Castillo de San Jorge, situado en una colina sobre la ciudad, se escenificó la obra del dramaturgo moderno Matos Sequeira, que simboliza la entrada de Don Alfonso Henriques a Lisboa.

Y continuaba desarrollándose el programa oficial. El presidente y su comitiva salían de Lisboa hacia la provincia oriental de Alentejo, donde fue proclamado Don Alfonso Henriques primer rey de Portugal en el campo de batalla de Ourique, en 1139. Después de solemnes recordaciones siguieron a Faro, en el Algarve, esa provincia septentrional rescatada de los moros en 1249 y en donde el Gran Navegante, el Infante don Enrique, estableció su escuela naval de Sagres. Allí, en el imponente promontorio de San Vicente, y mientras la flota saludaba a lo lejos, el Cardenal Patriarca de Lisboa cantó una misa de acción de gracias por los descubrimientos del pasado y las mercedes del presente y bendijo la vasta extensión de las aguas del Atlántico.

El domingo 23 de junio se inauguró oficialmente un eminente aspecto de las festividades: la Exposición del Mundo Portugués. Se levantaron los edificios de la Exposición en el histórico suburbio de Belem, sede del gran Convento de Manueline Hieronimite, construído en el lugar desde donde Vasco de Gama se dió a la vela para las Indias, y de la torre fortificada de Don Manuel. Los pabellones, levantados en severo estilo moderno por el arquitecto Cotinelli Telmo, y decorados interior y exteriormente por tan distinguidos artistas portugueses como el escultor Leopoldo d'Almeida y el pintor Almada Negreiros, se fijaron contra la parte trasera de los edificios de la Manueline y el puerto del río Tajo. Cada pabellón estuvo dedicado a presentar algún aspecto de la civilización portuguesa: El de la fundación, repleto de documentos sobre la primitiva historia portuguesa; el de la colonización; el de Lisboa, en donde se mostraba el papel de la capital en la historia imperial; el de las artes y oficios de Portugal. Dentro del convento mismo había una excelente exhibición de cartografía histórica portuguesa. El Secretariado de Propaganda Nacional construyó una ciudad en miniatura con casas y plazas típicas de cada parte del país.

En el Jardín Colonial cercano estaban representadas las colonias portuguesas. Se reprodujo fielmente una calle de Macao y se exhibieron los cuadros regionales de Fausto de Sampaio. En pequeñas islas de un lago en miniatura estaban las aldeas de negros africanos y allí el rey del Congo tenía su corte. También se reprodujo una parte de la antigua ciudad hindú de Goa con una pequeña capilla y un convento, ejemplares de los que levantaron los misioneros portugueses.

La Exposición ofreció un fondo propicio para las ceremonias diplomáticas, del 23 al 30 de junio, punto culminante de las festividades. En el cercano palacio de Ajuda, el Presidente recibió las credenciales de cerca de 30 embajadores de naciones europeas y americanas. El Duque de Kent representó al más antiguo aliado de Portugal, el Imperio Británico; don Nicolás Franco, hermano del Caudillo, representó a España, y el General Oscar Benavides fue el emisario oficial del Perú. Las otras repúblicas americanas que se hicieron representar fueron Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México y los Estados Unidos. En la misa pontifical que se ofreció en el convento de Belem, estuvo representado todo el clero del imperio portugués. Allí habló el Cardenal Patriarca sobre el destino internacional que le tocó cumplir a Portugal en descubrimientos y colonizaciones. Una procesión espléndida simbolizó la historia del mundo portugués. Se reprodujo, escena por escena, la historia nacional a medida que desfilaba por la Exposición el Cortejo del Mundo Portugués. Los soldados de Don Alfonso Henriques, las caravelas del Navegante, los virreyes de la India, los ejércitos de la revolución de 1640, los embajadores de Don Juan V, las campañas de las guerras peninsular y mundial, todo se reprodujo en un ambiente de la mayor veracidad.

Casi concluidas estas solemnidades diplomáticas, se exaltaron de nuevo las instituciones culturales en las sesiones académicas del Congreso del Mundo Portugués, inaugurado en el Parlamento Nacional ante un distinguido auditorio, compuesto por el Presidente de la República, el Cardenal Patriarca, los Ministros y el Cuerpo Diplomático. Sesionó el Congreso durante una semana, en la cual se leyeron y discutieron más de 200 trabajos enviados por eruditos de cerca de una docena de países sobre problemas de la historia portuguesa de 1640 a 1940. Una vez más estuvieron allí representados los países extranjeros por las invitaciones que el Presidente del Congreso, señor Julio Dantas, hizo a un grupo de intelectuales internacionales, entre los cuales estaban el académico francés Jacques de Lacretelle; el embajador Alberto Kammerer, autoridad en la cartografía del Mar Rojo; el belga Pere Charles, de la Universidad de Lovaina; los españoles Eugenio d'Ors, Julio Palacios y Eugenio Montes. Los trabajos del Congreso de Lisboa se continuaron en Oporto, donde se dedicaron sesiones especiales a la proto-historia, auspiciadas por la Universidad y dirigidas por el antropólogo doctor Mendes Correa. Por último, fue convocado y solemnemente inaugurado en la Universidad de Coimbra, en la famosa Sala dos Capelos, un congreso especial de historia medieval de acuerdo con las antiguas ceremonias de los escolares.

Durante este periodo se desarrollaron ceremonias locales con la asistencia del Presidente y jefes del Gobierno en Tomar, sede del gran convento de los Caballeros

de Cristo, y en los históricos monasterios de Batalha y Alcobaca, y en Leiria. Terminaron todas las festividades centenarias el 14 de Julio, lo cual dió motivo, una vez más, a la expresión de un alto certamen cultural — el festival en la Exposición en honor del poeta nacional, Camoens, y su canto épico, *Las Luisiadas*.

Pareció casi un milagro para quienes los presenciamos, el que en esta época se pudieran realizar en Europa tan magníficos programas. En hora en que el militarismo sienta su trágico dominio sobre la mayor parte de los países europeos, una nación pequeña proclama heroicamente la fe en los valores de su propia cultura. La lengua y la literatura portuguesas, tan féculdas en tradiciones y obras maestras, han tenido un papel importantísimo, auncando poco conocido, en el desarrollo de la cultura hispana. La recién establecida Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington, conoce profundamente este hecho y ha decidido exaltar de una manera especial los valores de la cultura portuguesa y del Brasil, con el establecimiento de un centro en las Américas para el estudio de la lengua de Camoens y Gil Vicente, Machado de Assis y Goncalves Dias y empleando su archivo fotográfico de cultura hispana para estudiar la arquitectura, escultura y pintura de las naciones hermanas, Portugal y Brasil.

Robert C. SMITH.

Miembro de la Embajada Especial del Gobierno de los Estados Unidos al doble centenario de Lisboa.



LIBERALISMO Y DEMOCRACIA (*)

La noción del Estado de Derecho ha sido analizada dentro de férreas y exactas direcciones objetivas por la ciencia jurídica contemporánea. En ese análisis se ha abandonado definitivamente todo intento de transformar al Estado de Derecho en una "entelequia" abstracta e irreal, ajena a las inevitables vinculaciones con las luchas políticas, con la pura y áspera existencia política.

Eliminado el formalismo, la consideración de la estructura formal e inhistórica de las realidades jurídicas, era necesario que la Teoría General del Estado se orientara a través de un análisis de los hechos sociales que asignan al Estado su función y que indican el sentido de la vida y del desarrollo históricos del Estado de Derecho. Una noción formal del Estado de Derecho expresóse en la siguiente frase de Hans Kelsen: "Un criterio positivista, que no trate de elevar el Derecho a la categoría absoluta de Derecho natural, tiene que considerar el Estado como una especie de rey Midas, que convierte en Derecho cuanto toca. Por esta razón, desde el punto de vista del positivismo jurídico, *todo Estado es un Estado de Derecho*, en el sentido de que todos los actos estatales son actos jurídicos, porque y en tanto que realizan un

(*) A propósito de la obra de Luis Legaz y Lacambra "Introducción a la teoría del Estado nacional-sindicalista". Editorial Bosch. Barcelona, 1940.

orden que ha de ser calificado de jurídico". Kelsen amplía el contenido de la reproducida frase y explica su razón teórica así: "...por "Estado de Derecho" no entendemos nosotros un orden estatal con un contenido específico....., sino un Estado cuyos actos son realizados en su totalidad sobre la base de un orden jurídico".

Legaz y Lacambra comenta: "Sólo Kelsen, de puro no tener razón disolviendo el Estado en el Derecho se acerca a la verdad, porque, en efecto, todo Estado es Estado jurídico; pero lo es en cuanto es Estado ético, si es verdad que el Estado es organización histórica del ethos y que el ethos se pone en la forma de la relación, o mejor, de la juridicidad esencial".

El Estado de Derecho es un orden jurídico que posee un contenido especial. Si bien todo Estado es Estado jurídico, pues evidentemente sólo puede comprenderse su funcionamiento dentro de la vigencia y positividad de un determinado orden jurídico, no todo Estado es Estado de Derecho. El profesor Carl Schmitt declara: "La tendencia del Estado burgués de Derecho va en el sentido de desplazar lo político, limitar en una serie de normaciones todas las manifestaciones de la vida del Estado y transformar toda la actividad del Estado en competencias, limitadas en principio, rigurosamente circunscritas". Legaz y Lacambra escribe: "El Estado de Derecho, diremos resumiendo, no es sólo una determinada estructura del Estado, sino un Estado informado por una ideología liberal a cuyo servicio se crea aquella determinada estructura: el Estado de Derecho es, en este sentido, la traducción jurídica de la democracia liberal".

El contenido específico del orden jurídico del Estado de Derecho es la aceptación de la inviolabilidad de los denominados "derechos fundamentales" del hombre. Schmitt dice: "Para tener un concepto utilizable por la Ciencia es preciso dejar afirmado que en el Estado burgués de Derecho son derechos fundamentales sólo aquellos que pueden valer como anteriores y superiores al Estado, aquéllos que el Estado, no es que otorgue con arreglo a sus leyes, sino que reconoce y protege como dados antes que él, y en los que sólo cabe penetrar en una cuantía mensurable en principio, y sólo dentro de un procedimiento regulado".

Mas el Estado de Derecho encierra un hecho político, "elemento político" como lo llama Schmitt. Hay, pues, una dualidad en el Estado de Derecho: es pura estructura formal que presenta un contenido especial, pero también es decisión política, hecho político. Esa contradicción que desgarró la armoniosa unidad del Estado de Derecho nos suministra una explicación de la tragedia y del sino históricos del Estado de Derecho. Legaz y Lacambra dice: "El Estado de Derecho es, pues, una imposibilidad en cualquier sentido, tanto en el sentido sociológico real, como en el sentido ideal; y lo trágico para él es que esta imposibilidad va implicada en su mismo proceso evolutivo, y no es en modo alguno causada por factores ajenos a su evolución real. Cabría hablar en este sentido de un "destino trágico del Estado de Derecho".

El Estado de Derecho ha de ser "un instrumento de su propia superación". Y ella debe obtenerse, o se obtiene en la realidad política escueta e histórica, a tra-

vés de una pugna subterránea, recóndita, vigorosa, definitiva entre el liberalismo y la democracia. Es el profesor Carl Schmitt quien ha explicado las características diferenciales del liberalismo y la democracia. Identidad y Representación, constituyen el dualismo liberalismo-democracia. Schmitt escribe: "Todas las distinciones de auténticas formas políticas, cualquiera que sea su especie: Monarquía, Aristocracia y Democracia; Monarquía y República; Monarquía y Democracia, etc., pueden reducirse a ese contraste decisivo entre identidad y representación". El liberalismo es Representación, la Democracia es Identidad. La Democracia afirma la identidad del pueblo consigo mismo, considerado el pueblo como una unidad política. El Liberalismo afirma la Representación, es decir, la delegación de la soberanía nacional, la Nación soberana es representada en los Parlamentos y Congresos. En la teoría democrática el pueblo es el titular del Poder Constituyente, en la teoría liberal ese titular es la Nación. Para la teoría liberal existe el hombre, la persona humana con sus derechos y libertades inviolables, universales e inmutables, —derecho natural tradicional—. El liberalismo está poseído de una tendencia a la pluralización y la distinción. La democracia es homogeneizadora y totalitaria. En la teoría liberal el Poder Constituyente está normado por unas precisas reglas de competencia. En la teoría democrática, —la Regeneración y Rionegro—, el Poder Constituyente está siempre en "estado de naturaleza", no limitado por normas de competencia, ni por reglas materiales que le impongan un determinado contenido a sus decisiones políticas.

Mas la Democracia no puede realizarse plenamente. Siempre la afirmación de la identidad del pueblo consigo mismo, considerado el pueblo como unidad política, irá unida a la representación. Schmitt declara: "El límite de una aplicación del principio democrático de la identidad resulta del hecho de que es imposible la aplicación unilateral y exclusiva de uno de ambos principios político-formales —identidad y representación—, y ningún Estado puede estar formado con arreglo al principio de identidad y sin ningún resto de representación. La lógica teórica del principio de identidad se hará valer siempre, es cierto, en una Democracia y aparecerá como algo evidente y palmario; sin embargo, ningún Estado democrático puede renunciar por completo a toda representación. Aquí encuentra la Democracia su primer límite natural".

En el Estado de Derecho coexisten la democracia y el liberalismo y esa coexistencia explica, como advierte Schmitt, "los arcanos" de los Estados de Derecho modernos, es decir, explica lo inexplicable, lo incomprensible en la organización jurídico del Estado de Derecho. En la vigente Constitución Nacional de Colombia hay normas jurídicas que expresan las unas, el liberalismo, y las otras, la democracia. Nuestra Constitución no es, ni podría serlo por lo demás, un "sistema" cerrado de normas.

Llevando dentro de sí mismo, el Estado de Derecho, una pugna y una contradicción recónditas entre el liberalismo y la democracia, es lógica dentro de la teoría jurídica y dentro de la realidad histórica, su superación, su posterior aniquilamiento. Cuando el dualismo hace crisis, es decir, estalla en una oposición irreductible e insuperable, el liberalismo cede ante la democracia, la dispersión y la pluralización ante

la unidad. Es el momento de la frase de Rafael Núñez: "La Constitución de 1863 ha dejado de existir", y es también el instante histórico de la Convención Constituyente de la ciudad de Rionegro.

En una obra muy reciente del profesor español Luis Legaz y Lacambra, denominada "Introducción a la Teoría del Estado Nacional-sindicalista", se explican las condiciones sociológicas, las conexiones espirituales que conducen históricamente a la quiebra del Estado de Derecho, a su superación, por el triunfo de la democracia ante el liberalismo. Pero éste, superado el Estado de Derecho concreto e individual que haya existido antes, luego dentro del nuevo Estado de Derecho, —la triunfante democracia ha de ceder posteriormente ante el liberalismo—, se afirma y orienta el funcionamiento mismo del Estado. El liberalismo vencido en la lid histórica, triunfa en la jornada siguiente de estabilidad política y sociológica.

En un ensayo atinado y sagaz, el profesor colombiano don Luis Rueda Concha, ha explicado la unión que media entre el liberalismo democrático de Rousseau y el "totalitarismo" hitleriano. Ambas concepciones políticas son subjetivistas y voluntaristas. Afirman o la "voluntad general", o la "voluntad del pueblo" o del Führer. El individualismo es subjetivo, voluntarista y además, monista. La identificación del Derecho y la Voluntad, del Derecho y la Ley, conduce a la identificación del Derecho y el Estado. Por eso, el liberalismo individualista es estatista y monista. En esa forma se descubre la unidad de la monarquía absoluta —antiguo régimen—, y del liberalismo individualista afirmado por la Revolución Francesa, como observa el profesor Luis Córdoba Mariño.

Tan sólo el pluralismo jurídico, —liberalismo anti-individualista como lo llama Georges Gurvitch—, sostenido y definido ante el Senado de Colombia por el señor Carlos Lozano y Lozano en cierta solemne ocasión, nos permite abandonar el monismo estatista del individualismo liberal. Pero ante ambos, el liberalismo individualista y el liberalismo anti-individualista, la democracia se afirma en determinados momentos históricos.

¿Cómo podría superarse el dualismo "liberalismo-democracia"? La raíz filosófica, la matriz espiritual de ambas actitudes políticas se halla en la afirmación de la "subjetividad". Aun cuando esas opuestas posiciones políticas luchen furiosamente en el seno de la organización liberal del Estado de Derecho, hay entre ellas una unidad espiritual e intelectual: es la subjetividad. A partir de Descartes la filosofía se hace subjetiva y por ende, se orienta gnoseológicamente. Después de Montesquieu y de Rousseau y antes con Bodin, la ciencia jurídica y la filosofía del Derecho afirman la existencia de realidades subjetivas, —la voluntad general, la soberanía nacional, el poder político del Soberano, etc. etc—. La Revolución Francesa es el triunfo histórico de lo subjetivo alógico, vital y anormativo.

El Estado de Derecho existe como una tensión de poderes y voluntades contrarias. Es el dualismo "hombre-Estado" de la ciencia jurídica liberal y burguesa. Y en esa tensión de poderes, de tendencias políticas que quieren destruirse y aniquilarse, la unidad del Pueblo naufraga y desaparece. La democracia se bate en retirada.

La vuelta a la objetividad, a las esencias de las cosas, a la consideración de la pureza eidética de los objetos, la afirmación de una nueva "filosofía de las cosas", están indicando la necesidad de estructurar dentro de lo puramente objetivo el Estado, el Estado eterno que está subyacente en el liberalismo, en el pluralismo jurídico y en la democracia. Superados así todos los dualismos que desgarran la unidad del Pueblo y de la Nación, se habrá descubierto una organización política que salve al hombre, a la persona humana y que realice lo personal dentro de lo nacional, según ha explicado Legaz y Lacambra.

Luis E. NIETO ARTETA.

LA FANTASIA VISUAL Y EL TEATRO

Hace poco leía yo un comentario sobre el cine actual, en el que su autor expresaba la idea de que el nuevo arte, al adquirir el aditamento de la palabra — véase que la llamo para el caso "aditamento" — había dejado de ser definitivamente un peligro para el teatro, afirmación en la que coincidimos.

El cinematógrafo, que se apartó del teatro precisamente porque era mudo, y porque pudo disponer a su antojo del vastísimo escenario de sus ilimitadas posibilidades, mató, al acercarse al arte escénico que pretendía desplazar, la luz maravillosa que alumbrara sus más resonantes éxitos.

Al refugiarse en la sedentariedad de los diálogos, comunmente poco felices, en los que la atención del espectador, abstraída, se desvía de lo fundamental, que no es aquí sino el movimiento, el cinematógrafo renunció a lo sorpresivo, fraguado por la maquinaria y por el paisaje, que actuaban como no podían actuar en la realidad de la escena viva.

Tanto es así, que el monólogo, por ejemplo, de tanta intensidad escénica, en el *écran* fatiga hasta el bostezo, porque carece de la realidad de las bambalinas. Por ello no es procedimiento frecuente en el cine. Ni siquiera en aquellas películas que son adaptaciones de obras maestras del teatro.

Si en una sala de cinematógrafo se pusiera el espectador a oír exponer teorías solamente, no vería la película, sino que la oiría y eso sería como ir al teatro a ver moverse los personajes en silencio. Y ni el teatro es esto ni el cine es lo otro, sino visión, exposición gráfica, que es lo que constituye su arte, diametralmente opuesto al de la escena.

Por esta razón misma han fracasado en el teatro los intentos hechos hasta ahora para aproximarse, tímidamente, al cinematógrafo. Algunos escritores franceses escribieron libretos con esa tendencia, que no pasaron de ser ensayos curiosos, un tanto originales, sin verdadera trascendencia artística.

Como corroboración de estas opiniones que sin pretensiones de seriedad trazo a la ligera, puede cualquier asistente asiduo a las salas de los cines hacer la observa-

ción de que los directores inteligentes, cuando quieren dar intensidad a una escena, cortan las palabras y las reemplazan por una música de trasfondo, no siempre, en verdad, muy acertada.

Y si el arte cinematográfico, en obras de auténtico valor, busca la sobriedad de lenguaje, como un instintivo recurso de separación del arte escénico, ello quiere decir que la palabra en ellas, para ser consecuentes con la lógica de su esencia, sólo ocupa allí el lugar que en las películas mudas ocupaban los rótulos que en obras maestras como las del genial actor inglés que no necesito nombrar, guiaban apenas al espectador, en forma breve y elocuente.

Es más, algunas películas, admirablemente imaginadas y mejor logradas en su ambiente y en la trama del movimiento — digámoslo así — caen en rotundo fracaso artístico la mayor parte de las veces, gracias a la fraseología que se les ha insuflado como para llenar vacíos que no lo eran. Bastaba que se hubiera dejado a la imaginación aquella porción que en las obras forzosamente literarias dejaron siempre algunos autores llamados "oscuros", que quisieron que el lector colaborara en esa forma en lo que ellos concibieron y ejecutaron. Cuántas veces la música, otro arte solitario, se descalificó al contacto con la palabra!

Para públicos latinos, sobre todo —y este es otro aspecto del cine hablado— la intrusión de la palabra en el cinematógrafo ha venido a cambiar la situación del espectador ante la farsa que representa la vida misma. Cuando entrábamos en una sala de espectáculos para ver una comedia o un drama, exigíamos ante todo realidad. No íbamos a ver muñecos. Y luego, queríamos además que lo que dijeran los actores en la escena estuviera bien dicho y tuviera contacto con nuestros propios conflictos o con nuestra propia manera de reaccionar ante el hecho humano. Ahora, ante la pantalla, no se pide nada, porque el remedo del cine hablado nos deja como en una zona intermedia de la que el teatro real ha desaparecido sin llegar a la otra realidad de la expresión muda que, como arte diverso, nos había proporcionado una emoción artística nueva. El cine mudo era interesante porque no era teatro. El cine actual no lo es, porque se parece al teatro y es justamente ese su error.

En la media docena de obras de cine que aparecen cada año, que pueden tolerarse, se echa de ver con frecuencia el esfuerzo llevado a cabo para alcanzar el equilibrio entre la acción vertiginosa y los diálogos, arrastrados por la acción, no amasados con ella como en la escena viva, en la que los dos elementos se funden para producir la "falsa" realidad teatral.

Más decoroso que el cine, el teatro, por otra parte, desde antes, no ahora que los públicos de todas partes y especialmente de América le han vuelto un poco las espaldas, no lanzaba obras sino con cierta demora fecunda, que era el tiempo de la madurez de las mismas — no nos acordemos de Lope — en tanto que el cine distribuye millares de producciones por todo el mundo cada veinticuatro horas. Sin contar con que cuando una pieza teatral no cae bien, se la retira del cartel en tanto que el cine no se llama nunca a fracaso y lo mismo exhibe una producción ante cinco mil espectadores que ante cincuenta. Los actores capturados por el *cameraman* están siem-

pre ausentes de éxitos o rechiflas y en el teatro no. En éste el público es parte de la representación y por eso es que su realidad no podrá ser nunca transferida al cine hablado.

Para finalizar y como resumen de estas apreciaciones, la palabra es un elemento extraño en un arte cuyo interés reside en el manejo de las figuras y en la reproducción de las imágenes vivas que se mueven en un escenario de incalculables proporciones. Por consiguiente, al tratar de aproximarse a la limitada realidad del teatro, por medio de la palabra, el cine no ha hecho, no está haciendo otra cosa, que alejarse de su función de arte nuevo y convertirse en una absurda imitación, insostenible cuando renazca el verdadero arte escénico, dentro del cual el actor puede darnos cada vez una interpretación novedosa de su rol, lo que no logran las figuras falsamente vivas de una cinta cinematográfica.

G. CASTAÑEDA ARAGON.

Guatemala, octubre, 1940.

BIBLIOTECA VENEZOLANA DE CULTURA

Ultimamente los países hispanoamericanos se han preocupado seriamente por editar colecciones completas que demuestren todo el acopio cultural realizado. La necesidad de estas ediciones era apremiante; ellas facilitan la visión de conjunto y dan un sentido monumental a la creación intelectual de nuestros países, elaborada paciente y permanentemente, pero totalmente disgregada y distribuida en libros y revistas de imposible adquisición, propensos a perderse; ahora librificada con métodos y científicamente distribuida, da acceso fácil a la consulta y perfil propio a la construcción cultural.

Debemos anotar como mérito ponderoso, la primacia que le corresponde en el tiempo a la Selección Samper Ortega, que recogió en cien volúmenes la producción intelectual colombiana. Mencionamos como posteriores la Biblioteca de Cultura Peruana y la Biblioteca Boliviana, que empiezan a agrupar la obra de los escritores de sus respectivas nacionalidades. Ahora nos corresponde glosar la Biblioteca Venezolana de Cultura, cuyos primeros volúmenes han aparecido recientemente.

En la sección de esta colección denominada "Antologías" ha aparecido la de los costumbristas venezolanos del siglo XIX. El costumbrismo, tan desusado hoy, es rica fuente de determinación de una época; la filiación de un pueblo encuentra notable ayuda en la obra de sus costumbristas; el léxico autóctono, las costumbres, todo lo mudable dentro de la organización social, halla perpetuación en las páginas salesosas de la crónica. Lo que la historia por su índole misma no puede recoger, el costumbrista lo copia fielmente para deleite de generaciones venideras. Esta antolo-

gía venezolana no desmiente lo anteriormente dicho, antes afirma la capacidad de sus cronistas para el difícil oficio, y su lectura es delicioso esparcimiento y grata vía para adentrarnos en la compleja formación étnica del pueblo hermano.

En la misma sección de la Biblioteca acaba de aparecer, en dos tomos, la antología de la moderna poesía venezolana. Mariano Picón Salas en un intenso y extenso prólogo configura la poesía venezolana moderna con caracteres suficientes y propiedad indiscutible. Bucea amorosamente en sus más profundos repliegues y concluye insospechadas pero ciertas afirmaciones. Señalando diferencias entre la nueva y la vieja poesía venezolana afirma: "la retórica de tono mayor, tan parlera y eufórica, ha sido reemplazada por un lenguaje más íntimo, más lírico, más confidencial; la insurgencia romántica, desmelenada, salida del propio corazón, ha sido suplantada por un plano de estudio, que afecta un poco más al intelecto y un tanto menos a la sensibilidad. Menos popular, más introvertida, la poesía de hoy no aspira a la consagración colectiva, sino al recatado elogio de los "iniciados". En términos generales para la poesía hispanoamericana toda, podrían valer estos conceptos. En estos dos tomos antológicos de la poesía venezolana se agrupan todos los valores poéticos que desde fines del siglo pasado han dado un nuevo rumbo al sentido, expresión y calidad de la estrofa. Desde los precursores hasta los poetas de la más reciente promoción lírica venezolana, va toda una relievada teoría de cultores del verso, notables por la profundidad de sus construcciones, la riqueza orquestal de sus ritmos y rimas y la ingente capacidad creadora.

En la sección "Viajes y Naturaleza" se ha publicado ya, en tres tomos, el resumen de la Geografía Venezolana, elaborada hace un siglo por Agustín Codazzi, el egregio geógrafo italiano, a quien tanto deben Colombia y Venezuela. Asombra la tenacidad de Codazzi, su gran consagración y fe, al leer estos volúmenes de su geografía. En aquellos tiempos primordiales, cuando no había vías de comunicación, ni facilidades de transporte, él recorrió gran parte de Venezuela y Colombia para elaborar sus estudios. Aún hoy es notoria la dificultad para esta clase de trabajos y el libro de Codazzi sigue teniendo especial vigencia y sus anotaciones son de certeza absoluta.

Dice el Sr. Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, Exmo. Sr. E. López Contreras, en el prólogo-presentación de las ediciones de la Biblioteca de Cultura Venezolana: "Se hacía necesario establecer la tradición cultural venezolana y hacer presente y activo en nuestro tiempo, el pensamiento y el esfuerzo de aquellos ilustres varones que, en distintas épocas y en diversos planos, contribuyeron a la formación de una literatura fundamental que será claro ejemplo para las generaciones venezolanas". La transcripción demuestra el anhelo de los iniciadores de esta obra y nos evita, por redundante, la recomendación de esta valiosa colección, cuyas primeras entregas son segura primicia del éxito final.

G. HENAO MEJIA.

Por el linaje de su inteligencia y la noble orientación de su cultura, ocupa Rafael Maya sitio del mayor momento en el panorama intelectual de América.

Devaneos literarios que suelen torcer el camino de generosas vocaciones artísticas no fueron con su inteligencia, caminante por plácidas rutas, derecha siempre hacia las fórmulas sustentates del espíritu. Ni el estruendo que logró promover el movimiento estético que aparecía en nuestros medios en los instantes en que él se mostraba en el estrado de las contiendas de la mente, fue capaz de desorientar el sentido interior de sus cantos o desviar la senda de sosegada inspiración que enrutaba sus designios.

Las disciplinas clásicas, las diligencias humanísticas que dan porte de severa comprensión en el terreno de la afirmación estética, llamaron desde temprano su inquietud y se encargaron de mostrarle horizontes más propicios y de señalarle tránsitos de verdad y de belleza. En gentes de Grecia aprendió de la dulcedumbre de los cantos y supo de los altos acentos de la lira, sin rebasar aquellos límites de la naturalidad que tan bien casan con la excelencia de las fórmulas intelectuales. La inspiración no puede ser deidad de caprichos y nodriza de artificios culturales, porque ella es, antes que todo, elación y ritmo, evocación y cándida pureza. De allí que en la nómina de los cantores nacionales el nombre de Rafael Maya vaya ligado a una de las producciones de selección más refinada, de más generosa y comprensible entonación. La estrofa en las manos de Maya es dócil arcilla, que cobra nobleza y destella claridad al golpe de los sentimientos. La belleza de los conceptos se perfila en el recóndito pero escuchado ritmo de las palabras que van tejiendo de rumores el camino por donde el cantor se despereza.

"La vida en la sombra", "Coros del mediodía", "El rincón de las imágenes", "Alabanzas del hombre y de la tierra", "Después del silencio", fueron capítulos de lumbre que sembraron de fulgores las rutas de la poesía colombiana y fueron mostrando, con el paso de los días, la exquisita sensibilidad, el acompasado ritmo, la elegante flexibilidad espiritual de este afortunado cultivador de las más altas manifestaciones de la mente. El hondo sentido de belleza, que es, sin disputa, la primordial cualidad de este poeta caucano, lo ha mostrado como cortejador de las más variadas formas de la actividad letrada, hasta el punto de ser difícil establecer en qué provincia de la sabiduría estética se muestra más dominante, si el verso supera sus calidades de prosista, o si el abolengo de sus discursos vence en donaire a la gallardía de sus condiciones de discreto expositor.

La edición de la obra completa de Rafael Maya que acaba de aparecer en Bogotá, en pulcra edición tipográfica, que bien consuena con la excelencia del contenido, es tarea de provecho intelectual que redundará en servicio de las letras y en beneficio del prestigio nacional.

M. MOSQUERA GARCÉS.

La bibliografía en castellano sobre las corrientes del pensamiento moderno — los estudios monográficos en especial — es cada día más copiosa. Tanto los trabajos aparecidos originariamente en español como los traducidos de otros idiomas constituyen ya una verdadera contribución al conocimiento de la filosofía más reciente. Dentro de la aparición de estos aportes monográficos hay que considerar como los más importantes tal vez aquellos que se dirigen a establecer paralelos entre dos pensadores cuyas obras difieren en algunos puntos de la investigación o se aproximan entre sí. De cualquier modo que sea, el paralelo establecido es un capítulo más que hay que agregar a la historia de la filosofía, porque significa nada menos que el esclarecimiento de una cuestión que apenas se perfilaba en la totalidad de la obra ajena.

Conviene, pues, hacer notar dentro del número de estos trabajos aparecidos en nuestro idioma el estudio comparativo entre Kant y Husserl, y que se refiere al tema con que hemos denominado la presente nota. Por su estudio comparativo, como por los otros trabajos que conocemos de Anibal Sánchez Reulet, podemos decir que este joven escritor argentino, promovido recientemente a la cátedra de filosofía en el Instituto de Tucumán, se caracteriza en todos sus estudios por su estilo severo y su capacidad de penetración en las cuestiones, a nuestro entender, dos de las notas principales que debe poseer un escritor de filosofía, y que de hecho resaltan en la monografía de Anibal Sánchez Reulet que ahora comentamos. Con una gran claridad sobre lo que son los juicios sintéticos y analíticos en Kant, y con gran claridad sobre lo que son en Husserl, realiza plenamente los deseos del último cuando llama la atención acerca de este paralelo. O mejor todavía, acerca de la diferencia entre los juicios nombrados según los entiende Kant y según los entiende él. La diferencia es considerable, y de ello nos da cuenta exacta el trabajo de Sánchez Reulet.

Ya alguna vez, aunque muy someramente, nos hemos ocupado de la filosofía en la Argentina. Entonces tuvimos ocasión de citar entre sus cultivadores a Sánchez Reulet, al tiempo que intentamos determinar su posición filosófica. Dijimos que estaba situado filosóficamente en la línea que va de Edmundo Husserl a Max Scheler, o lo que es lo mismo, dentro del movimiento fenomenológico. Aquí también colocamos a Eugenio Pucciarelli y al profesor Francisco Romero, a cuyo lado se ha formado Sánchez Reulet. Con estos tres escritores de filosofía, agrupados bajo idénticas tendencias, bastaría para predecir mucho de la filosofía en América.

A Pucciarelli debemos notables contribuciones a la investigación en nuestro idioma del pensamiento psicológico y filosófico de Guillermo Dilthey, r.o recogidos todavía de las revistas en que han salido a la publicidad, según alcanzamos a entender. De Sánchez Reulet poseemos, además de estudios sueltos en el suplemento literario de "La Nación", y del trabajo que es objeto de esta nota, una tesis sobre Lask, filósofo malogrado cuando más esperaba de él el pensamiento alemán. Esta te-

sis, que no conocemos todavía, es quizá lo que su autor ha escrito de mayor extensión y de mayor alcance filosófico. Esperamos comentarla algún día, si logramos que llegue hasta nosotros.

Por el momento, sea el folleto sobre los juicios analíticos y juicios sintéticos la ocasión de dedicar un comentario —no tan extenso como quisiéramos— a esta figura de las letras filosóficas argentinas. La oportunidad de su trabajo comparativo la encuentra el autor en la obra capital de Husserl titulada, como se sabe, "Investigaciones Lógicas". Pues el propio Husserl pide que se realice la comparación que encontramos en este estudio de Sánchez Reulet, y que su autor lleva a cabo tan bien como pudo desearlo el creador de la filosofía fenomenológica.

Por lo tanto, se contribuye aquí a aclarar y amplificar un punto de visible interés para la historia de la filosofía como el presente, más cuando se trata de los dos espíritus que mayor aporte han llevado a la especulación moderna, y cuyas doctrinas colocan verdaderos jalones divisorios a lo largo de la evolución del pensamiento.

Rafael CARRILLO.